

RAMON GRIFFERO, DIRECTOR DE TEATRO:

“No digo lo que el poder dice”

- Autor y director, Griffiero ha desarrollado su arte en Chile desde 1983, “marginado del oficialismo y de la disidencia institucionalizada”.

“**P**ara mí el arte es tratar de no hablar como el poder habla. De no representar lo que el poder representa. De no decir lo que el poder dice”.

“El poder hace un rayado de cancha y ordena: ‘Esto es lo posible, y si usted hace algo fuera de esto, está en el área de lo imposible’. Entonces tú corres un poco el muro y exclamas: ¡No, esto también es posible!”.

Así sentencia Ramón Griffiero, un hombre de 33 años que escribe y dirige sus propias obras de teatro. Y que, como “Los Prisioneros” en la música, irrumpió desde la marginalidad para cuestionar todo lo establecido en su medio. “Yo creo que en Chile las expresiones artísticas no son tan violentas como la sociedad... y no es que arriba del escenario tengas que torturar y ser violento y gritar. Sino mostrar, a través de las atmósferas, cómo los sueños o las vidas se cortan”, dice.

Y lo ejecuta.

En su obra “99 La Morte”, el encargado de dicho recinto hace el amor con los muertos hasta lograr su orgasmo. A ello se dedica en sus tiempos libres... “Es la perversidad del autoritarismo —aclara Griffiero—. Ese poder tiene una especie de unión con lo sexual. Aquel hombre es eso, falsifica certificados de defunción, es déspota, trata mal a la mujer de un desaparecido”.



MITIN DE FANTASMAS

La propuesta de Griffiero es joven, de los ochenta, y le ha merecido el premio de la crítica. “Me interesan los premios por la publicidad, pero de “Cinema Utopía” no hablaban mucho”, asevera.

Tiene bastante éxito de público. “Es alucinante”, dicen unos. “Exquisito”, lo califican otros. O también lanzan un despectivo “no

parece teatro”, o un “no lo entiendo”.

En su última creación, “Santiago-Bauhaus”, no se escuchó ningún vocablo ni hubo escenografía. Más aún, los rostros de los actores se vieron muy poco; los tapaban con máscaras. “Fue una experiencia de teatro abstracto” financiada por el Goethe, el Instituto Chileno Alemán de Cultura”, argumenta.

—¿Qué es el teatro para usted?

—Es como una manifestación social, un mitín que se sale de la cotidianidad y entra a jugar con la magia, los sueños, los fantasmas, que sólo se pueden ver en esas salas oscuras.

—¿Por qué desecha las palabras?

—No las desecho. Encuentro que la imagen es la palabra en sí, es verbo. La imagen tiene contenido ideológico, sensorial, y al unirse una con otra van hilvanando una historia. Cuando la gente cuenta la obra, cuenta más la acción. La imagen transmite la filosofía de nuestro tiempo. La televisión, la moda, son cosas que influyen en la manera de ser de las personas.

—¿Y cómo concreta esa postura en el escenario?

—En el teatro mío hay una actuación más cinematográfica, menos teatralizada. Hay una preocupación mayor por el gesto, por los tiempos, por el espacio que está ocupando el actor respecto a una escenografía. Hay todo

un lenguaje gráfico, un lenguaje espacial, que se mueve con el desplazamiento de los actores. Imperceptible, pero para mí es primordial. Yo dibujo con el espacio, la distancia, la profundidad. A pesar de ser formas, tienen mucho contenido detrás. No es lo mismo que dos actores hablen sobre un escenario a que lo hagan de un extremo a otro de la sala.

Griffiero busca componer

las escenas como si cada segundo y cada cuadro fuera una obra en sí. Grises y azules perfectos. Música ideal. Luces, espacios, todo... Pero en su departamento aquello se acaba.

Vive cerca de Vicuña Mackenna y el Parque Bustamante, en el cuarto piso de un edificio viejo y plomo. Y pareciera que el smog de la calle se coló hasta el interior para depositarse en sus paredes. Un cactus de cerro, grueso y espinudo, en vez del clásico gomero, adorna su living. Cuatro flores de madera, planas y descoloridas, están ensartadas en la tierra de la maceta. Tiesas como cuatro largos loly-pops. "Me las regalaron y las puse ahí", comenta.



Ramón Griffero lee la crónica roja porque "eso también es parte de la vida". Le preocupan en especial los suicidios. "¿Por qué se mata la gente? ¿Qué dicen la mamá, los amigos?", interroga.

Vivió un tiempo en Estados Unidos, y otro tanto viajó por el mundo con su familia. Explica: "Mi padrastro era un economista funcionario de las Naciones Unidas".

De su adolescencia le surge un recuerdo especial.

"En 1970 me topé en el centro con una manifestación de Allende. Vi una masa marchando con antorchas, con un líder que decía mil cosas, con una fuerza... algo entre teatral y rito... me atrajo. Percibí que estaba

pasando algo alrededor mío... sensaciones..."

Pero este hombre cargado de intuiciones y percepciones no partió por el arte. "El 73 entré a sociología. A los pocos meses vino el golpe y cerraron la carrera. En noviembre me fui. Acá se había terminado el futuro".

Viajó a Inglaterra, a la Universidad de Essex, donde se tituló de sociólogo en 1976. Aquel mismo año inició estudios de cine en Bélgica y los terminó el 79. En seguida se formó en dirección teatral y dramaturgia, hasta que hace seis años regresó a Chile.

—¿Echaba de menos Chile?

—No.

—¿Por qué volvió?

—En Bélgica tenía ganas de

estás conquistando poder. Le estás quitando un milímetro de poder al poder.

—¿Qué temas se repiten en sus creaciones?

—En mis obras reitero la búsqueda de una utopía y nuestro al presente como una cosa múltiple. Porque al mismo tiempo que alguien está tomando un pisco sour, pueden estar torturando en la pieza del lado, y en la del otro estar teniendo un orgasmo. Yo no podría hacer una obra sobre algo sin ver qué está pasando en su entorno. O sin mostrar que también puede suceder lo contrario. Y que además hay sueños, fantasías.

—¿Qué pone de suyo arriba de las tablas?

—Quizás el escepticismo que yo considero general. Se quiere la democracia porque

escribir harto y debía hacerlo en francés. De repente me pasaba al español y tenía que traducir. Era lento.

—¿A qué obedece el viraje de la sociología al teatro?

—Desde el principio estuve en sociología de la cultura. Entonces, entre ser un crítico, un analista de los fenómenos culturales y subculturales, me di cuenta que para llegar a su motor tenía que "realizar". Decidí llevar a la práctica aquello de que la cultura es una manera de abrir espacios mentales y que tiene poder.

—¿Se puede adquirir poder a través de la cultura?

—No sé si adquirir poder. Si cambio las formas de representación, el espectador ensancha su espacio. Hay una visión que se le abre. Así

es mejor que la dictadura, pero ya no estamos en los períodos jóvenes del siglo, cuando la gente se creía proyectos sociales que iban a cambiar prácticamente todo.

—¿Por qué sus obras tienen una alta dosis de violencia sexual?

—Veo que la sexualidad chilena es un tema poco tratado. Y es importante. Yo creo que el actual Régimen genera perversión sexual. Se descubre que violadores han sido agentes de la CNI. Está toda esa sexualidad perversa a través de la tortura, del sadismo.

—Y en este sentido, ¿qué aprecia en el resto de la sociedad?

—Digámoslo a través de "Cinema-Utopía"... La ciudad está tan atomizada que

uno de los personajes va al cine, sola, con su conejo. En él vuelva su afectividad y no puede salir. O la situación de la niña que se encuentra en el cine con un hombre tan obsesionado, que no puede conectarse con su amor.

LA ANGUSTIA DEL FINAL

Cuando llegó a nuestro país se contactó con Eugenio Morales, Carmen Pelissier y Pablo Lavín. Con ellos abrió la sala "El Trolley", en San Martín 841. "Partimos marginados del oficialismo y de la disidencia institucionalizada, como todo lo nuevo a partir del 83", asegura. Y agrega: "Acá no hay cauces de expresión. La gente joven no tiene medios ni salas ni difusión... Mi gran frustración es no poder difundir más mis obras. Es terrible que "El Hombre de la Mancha", que no afecta a nadie, o "Martes 13", puedan tener una difusión tan gigantesca, y las obras de valor queden limitadas solamente a un público que sabe".

"Con 'Cinema Utopía' nos invitaron a Córdoba, Argentina. Nos dieron gran difusión, apareció la obra en televisión, en la prensa, etc. Asistieron alrededor de mil personas por función. Hicimos quince representaciones que en conclusión significaron que la pieza teatral la vio más gente en Argentina que en Chile", ejemplifica.

—¿Qué haría si acá, en Chile, pudiera acceder a una publicidad de esa magnitud?

—Lo que estoy trabajando, una obra que va de 1933, de la República Socialista, a 1970, cuando Allende toma el mando. Quiero hacer una gran epopeya histórica de todo ese tiempo nebuloso, visto desde 1988. Eso remueve, es la lucha contra el olvido, un teatro sobre la memoria.

—Y sus finales, ¿cómo son sus finales?

—Siempre de angustia, abiertos como planteamientos; como dudas, como preguntarse ¿qué es el universo?

RODRIGO FERNANDEZ